

TAJOS DE "AIRÓN."—MINERAL DE LA NORIA.

(Al Profesor D. Rafael Angel de la Peña.)

Con el Virrey D. Luis de Velasco, el segundo, vino á México, en calidad de mozo de cordel, un gallego mocetón, doblado, garrudo y rubicundo, tan abierto de piernas como cerrado de meollo, y tan satisfecho de sí mismo por su recia musculatura que, por quitame allá esas pajas, andaba siempre á pescozones con los pinches de la noble casa en que servía. Era marrajo y pronto en el obrar, por lo cual lo veían de reojo todos los sirvientes de baja estofa que, lo mismo que él, habían venido de España.

A pesar de que en su tierra pasó en sus primeros años por la escuela largo tiempo, era tan duro de mollera que á malas penas y moviendo la péndola con gran trabajo sólo podía escribir su nombre, y éste tan garrapateado que debía ser muy listo el que lo leyese de corrido.

Llamábase este zascandil Santiago Airón y venía á la Nueva España, lo mismo que otros avechuchos y aventureros de aquella época bonancible, firmemente resuelto á hacer fortuna, sin pararse en pelillos ni andar con repulgos de empanada.

* * *

En el año de 1549 nombró el Emperador Carlos V Virrey de México á D. Luis de Velasco, caballero de noble y antigua estirpe, pues era descendiente de los Condestables de

Castilla. De finos y delicados modales y de carácter apacible, franco y enérgico, era hombre muy á propósito para el buen desempeño del importante cargo que se le había conferido, por su larga experiencia, su moderación y sus sentimientos piadosos. Llegó á México este integérrimo magistrado al terminar el año y trajo consigo á su familia, compuesta de un hijo y dos hijas. Eran estas hermosas jóvenes conjunto de perfecciones naturales y dechado de virtudes. El año de 1556 se celebraron en México tres matrimonios con gran satisfacción de la nobleza. D. Luis de Velasco, el mozo, se unió á la noble y hermosa Srita. D^a María de Yrcio, sobrina del primer Virrey de México, D. Antonio de Mendoza; y las nobles y lindas jóvenes Velasco se casaron con dos españoles, nobles también y muy ricos, siendo uno de ellos D. Diego de Ibarra, uno de los cuatro famosos y afortunados fundadores de Zacatecas.

Murió el Virrey en 1564, causando su muerte un duelo general entre españoles y mexicanos: su cadáver fué acompañado por todo el vecindario desde Palacio hasta Santo Domingo y conducido en hombros de cuatro obispos de los seis que se hallaban en México en concilio provincial.

Los padres franciscanos, al hablar de esta desgracia, decían á Felipe II, entre otras frases cariñosas y sentidas, las siguientes: "Del modo con que irá en adelante el Gobierno de esta Nueva España, conocerá V. M. la falta que hace el Virrey Velasco: al hijo que queda en México lo recomendamos, para que por los servicios de su padre sea atendido."

* * *

En el año de 1566, siendo regidor del Cabildo de la Ciudad D. Luis de Velasco, fué agraciado por el Rey con el hábito de Santiago. Siguió desempeñando los más importantes cargos del Cabildo, con beneplácito de los vecinos que le tenían gran cariño por sus altas prendas personales y por los

méritos de su difunto padre. Mas adelante, por un serio disgusto que tuvo con el Virrey de México D. Alvaro Enrique Zúñiga, Marqués de Villa Manrique, se fué á España donde recibió del Rey Felipe II las más señaladas muestras de consideración. Volvía á la Corte en 1589 después de haber desempeñado la Embajada de Florencia, cuando fué nombrado Virrey de México, é hizo su entrada en la ciudad el 25 de Enero del año siguiente, con tanta solemnidad y magnificencia que jamás se había visto fiesta semejante. Verdad es que ella dió motivo á una seria desavenencia entre el Ayuntamiento y la Audiencia, porque habiendo entrado la emulación en ambas corporaciones, cada cual por su lado quería hacer creer al Virrey que á ella se debían tan espléndidos festejos. Con mucha prudencia puso término á estas disensiones D. Luis de Velasco, suplicando al Cabildo que observase el ceremonial acordado por la Audiencia, á pesar de que era contrario á las prerrogativas del Regimiento.

Para que los lectores tengan una idea, siquiera sea ligera, de esta gran solemnidad, copio en seguida la descripción que hace un historiador, advirtiéndole que me parece el menos fastuoso.

“Precedía un piquete de soldados que hacía lugar al paseo; seguía la música militar; venían después los caballeros y gente de lustre que por toda la carrera fueron porfiando con los alguaciles de corte y de ciudad, que querían preferir; después la ciudad, detrás los secretarios y relatores; inmediata á estos la Audiencia, y por último, el Virrey en un caballo ricamente enjaezado, teniéndole las riendas á man derecha el corregidor Lic. Pablo Torres y el alcalde ordinario Leonel Cervantes: á man izquierda el otro alcalde ordinario Rafael Trejo, y el regidor D. Diego Velasco. Cerraba el paseo la infantería y caballería. Con este tren llegó el paseo á Catedral, en donde con las ceremonias acostumbradas fué Velasco recibido del Cabildo eclesiástico, y desde allí pasó al palacio de los virreyes.”

Después de haber recibido el Virrey los cumplidos y besamanos de las corporaciones, autoridades y particulares, como era usanza en aquellos antiguos tiempos y aún se estila en los presentes, le anunció un edecán la visita del mayordomo, á quien recibió el Virrey con agrado y le preguntó si estaba contenta la servidumbre que había traído de España.

—Ya lo creo que está, contestó el dependiente: pero yo no lo estoy con sus servicios, mucho menos con los de ese palurdo que V. E. trajo de Galicia, y que desde que llegó á México no hace otra cosa que pedirme dinero, porque está lleno de máculas: es aficionado al teje maneje de las cartas; le gusta amartelar á las mōzuelas del partido, y suele alzar el codo más de lo que conviene á un mozo de mulas de una gran casa.

El Virrey, que en aquellos momentos estaba de buen humor, se sonrió al oír esto y preguntó al mayordomo:

—¿Le has dado el dinero que pedía?

—No, Señor, porque él es gallego y castellano yo; lo quiere decir que á gallego pedidor, castellano tenedor.

D. Luis alargó la mano con una redecilla de seda llena de escudos y dijo á su mayordomo:

—Dále ese oro y despídele de mi casa.

Ya habrán comprendido los lectores que este paleta tan alegre de cascos no era otro que el rubicundo Santiago Airón, quien había llegado á México con las acémilas de los equipajes la víspera de la entrada de su noble amo; y desde que pisó la gran Tenochtitlán se echó á paseo por las calles, en compañía de fulleros y rufianes, ereyendo que todo el nuevo mundo era orégano. Cuando el mayordomo lo despidió del servicio dándole el oro del Virrey, se le alegraron los ojos á la vista de las monedas y se echó por la calle de enmedio

en busca de aventuras. No tardó mucho en andar en chichisbeos con una malandrina criolla, hembra de fuste, y entre ésta y los rufianes que lo acompañaban dieron cuenta muy pronto de los escudos que el zopenco recibió del mayordomo. En situación tan apurada resolvió engancharse de carretero en un convoy de mercaderías que salía para Zacatecas, donde creía hacer una gran fortuna, porque las minas estaban en bonanza deshecha.

Llegado el convoy á Zacatecas quedó sin ocupación el gallego, viviendo solamente de la generosidad de sus paisanos, que se encargaron de cubrir sus gastos mientras hallaba colocación; pero como era perezoso y no dejaba los vicios, pronto hubieron de cansarse sus protectores y lo enviaron á Sombrerete, cuyas minas estaban también en bonanza.

En la Villa de San Juan Bautista de Llerena había pocos españoles, por lo cual se le agotaron muy pronto los recursos al palurdo, quien pasó allí los días más negros de su vida, agobiado por el hambre, la sed y el frío, hasta que se decidió á marchar para San Martín, resuelto á trabajar en lo primero que se le presentase.

Emprendió la marcha una tarde del mes de Junio de 1591: estenuado por la fatiga y sudando á chorros por su debilidad y el calor sofocante que hacía, se dejó caer desfallecido en el portal de la casa grande del Rancho del Peñasco, pidiendo á gritos favor y ayuda á los habitantes. Estos lo levantaron casi exámine; lo llevaron á una pieza cercana y lo colocaron sobre una cama, donde le administraron algunas bebidas confortativas, logrando que le volviera el conocimiento. Refirióles sus desventuras lamentando su mala fortuna, con lo cual se conmovieron aquellas sencillas y buenas gentes, porque eran generosas y caritativas. Entre ellas estaba Francisco Gallegos, con su mujer y su hijo: era aquel el mayordomo de la finca, la cual pertenecía á D^a Beatriz Carrillo, que hacía poco tiempo había quedado viuda, y siendo hermosa, joven y rica vino de Sombrerete, donde vivía, á establecerse

en México, dejando el cuidado del rancho á Gallegos porque tenía en él plena confianza por su pericia é intachable conducta.

* * *

Tres semanas permaneció el pelafustán dándose la buena vida en aquel cortijo, donde los criollos que lo albergaban se esmeraban en servirlo y agasajarlo. En la finca había ganados y diariamente montaba buenos caballos el palurdo para acompañar al mayordomo en sus labores campestres; pero por la centésima vez en su vida iba sintiendo cada día más las ansias mortales de su desmesurada ambición, por lo que resolvió trasladarse á San Martín y comunicó su resolución á la buena y honrada familia Gallegos, de la cual se despidió derramando á tutiplen las lágrimas del cocodrilo. Esta escena se verificó después de la comida.

Montó á caballo el joven Gallegos que sirvió de guía en aquel viaje, el primero que hacía el español montado como señor, después de haber hecho tantos como siervo.

* * *

En una encrucijada de aquella senda estrecha y tortuosa había una cruz de madera, pintada de negro, sobre una peana de mampostería, en cuyo derredor existía un montón de cantos rodados que la piedad de los transeuntes había ido acumulando.

Al llegar frente al sagrado madero, paró el joven Gallegos su caballo y quitándose el sombrero se persignó devotamente, mientras que el paletó se apeó del caballo y poniéndose de hinojos ante la cruz terminó una oración con esta sencilla plegaria: "*Santa cruz, dame una mina y te haré una capilla con su fiesta.*"

Concluídos estos actos piadosos continuaron andando los viajeros hasta que llegaron á San Martín: desmontaron en la casa de un gambusino llamado Juan de San Pedro, á quien

saludó Gallegos, con muestras de respeto y con el sombrero en la mano, diciéndole: "padrino, mi padre recomienda á vd. mucho al Sr. Airón que está aquí presente."

Excusado es decir que el zafio advenedizo fué tratado desde aquel día á cuerpo de rey en la casa del gambusino, que era desprendido y generoso como son todos los del gremio. Desde el día siguiente comenzó á andar el palurdo por aquellos cerros, armado de un pico, una cuña y un talego con vitualla, en busca de una veta rica; pero como no las conocía todos los días regresaba á la casa mohino y desesperado, maldiciendo su malaventura. Compadecido de aquellos tormentos Juan de San Pedro porque tenía el corazón bien puesto, se resolvió á hacer feliz á aquel europeo y lo acompañó un domingo á rumbear las vetas: quiso su buena suerte que se encontrase una enteramente virgen, bastante corrida y muy rica, de la cual arrancó algunas piedras y dándoselas á su compañero le dijo, con admirable desprendimiento: "Vaya, amigo, ya tiene usted una mina, y rica." El ganapan las recibió de rodillas, rogando al gambusino que no lo abandonase en momentos tan felices y ofreciéndole que ambos disfrutarían aquella bonanza espléndida.

El paleta, ruin y mezquino por naturaleza, registró la mina en su solo nombre, burlando así pérfidamente la buena fe é ilimitada confianza del generoso gambusino.

Algunos meses después estaba la mina en plena bonanza; el europeo había puesto casa y vivía en ella entre dependientes y criados, cuando ordenó á uno de los primeros que despidiese al minero mayor, que era el mismo Juan de San Pedro.

En la noche de aquel día aciago sostenía el gambusino con su mujer este interesante diálogo.

—Ya me despidió de la mina el zambo.

—¿Y qué has hecho tú para que así te trate ese vampiro?

—Descubrir la mina y organizar en ella los trabajos para que diera utilidades fabulosas como las que está dando.

—¿Y te quedarás así, tan callado, con esta judiada?

—¿Qué quieres que haga? El es ya muy rico, tiene amistad con el Alcalde, es español y yo soy criollo; y ya sabes que la sogá se rompe siempre por lo más delgado.

—¿Pero, hombre, no me dijiste que la mina era de los dos?

—Así me lo dijo él, cuando la descubrí; *pero obras son amores y no buenas razones.*

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo mismo que siempre, trabajar para mantenerte; todavía no se ha muerto Dios de viejo y en él confío.

—Haces muy bien; pero ¡qué malvados son estos hombres! ¡Pagar tantos beneficios con una felonía! Con razón dicen que *hacerle bien al ingrato, es lo mismo que ofenderlo.*

—¡Caramba! Me dan ganas de armar un bochinche á ese zamorro, para apagarle el resuello.

—¡No, Juan, Dios te libre y á mí también de semejante desgracia!; mira que *al alcornoque no hay palo que le toque, sino la encina, que le quiebra la costilla.*

—Dices bien, mujer; hagamos de tripas corazón y echemos pelillos á la mar, dejando en paz á ese zopenco, que á la postre lo bien ganado se lo lleva el diablo, y lo malo, á ello y su amo. Mañana, Dios mediante, seguiré trabajando mis catas viejas, lo mismo que antes.

* * *

Refiere la tradición que dos años después de los hechos que voy narrando se hallaba en Sombrerete el palurdo de marras. Acababa de llegar de México, donde merced á sus grandes riquezas se le había concedido el Don, por lo cual pudo casarse con la acaudalada viuda D^a Beatriz Carrillo, á quien dejó en la Capital de la Nueva España, regresando él solo á la Villa de Llerena.

Se preparaban las fiestas de los herraderos en el Rancho del Peñasco, al terminar el año de 1594, y prometían ser espléndidas porque debía concurrir á ellas el amo, D. Santiago

de Airón, acompañado de las personas más notables de Sombrerete. El mayordomo Gallegos estaba que no cabía en sí de gozo, mientras que su esposa andaba cabizbaja, meditando y alicaída sin que se supiera la causa. Una noche que estaban juntos en la sala dijo el marido lo siguiente:

—Mira, mujer, no me gusta verte tan triste y desmedrada ahora que viene el amo; cuando todos estamos contentos, sólo tú te muestras cariacontecida y apenada; no parece sino que te preparas para un entierro.

—¿Qué quieres, hijo? Dios me ha hecho así y no puedo cambiar. Tengo el alma en un hilo desde que supe que viene ese hombre, porque presumo que ha de sucedernos algo malo: él es muy rico y ya tiene el Don, pero nadie le puede quitar lo canalla.

—¿Cállate mujer, por Dios! ¿No ves que ya es dueño de esta finca y que como es tan rico puede rentárnosla?

—¿Hasta cuándo dejarás de ser un bendito? No recuerdas la mala pasada que le jugó á mi compadre Juan de San Pedro, arrebatándole la mina? Si tú quisieras tomar mi consejo, ahora mismo renunciarías el destino.

—¿Y los servicios que he prestado á D. Santiago? ¿Y las mejoras que he hecho á la finca? ¿He de perderlo todo?

—Por algo dice el adagio: *has bien y guárdate.*

Terminó este diálogo la entrada repentina del hijo, que iba á anunciar á su padre que acababa de llegar al rancho un dependiente y que venía á recibirlo por orden de D. Santiago.

Pasados los herraderos del Peñasco, salía una tarde de la finca rumbo á San Martín D. Santiago de Airón é iba acompañado de gran número de caballeros y servidumbre, que hacían mucha algazara por el camino á causa de haber almorzado fuerte y empinado el codo de lo lindo.

Al llegar Airón á la encrucijada y hallándose frente á la

cruz de antaño, díjole con socarronería: “*Adios crucilla.*” En el acto se encabritó el brioso caballo que montaba y dió en tierra con su dueño, que murió luego, como herido de un rayo, porque al caer se torció el pescuezo. De este modo se convirtió, como por ensalmo, aquella alegre jira campestre en silenciosa comitiva fúnebre.

* * *

Desde entonces se colocó al pie de la cruz negra otra blanca, pequeña, y se le llamó “La Cruz del Muerto.” A mediados del presente siglo aún existía la cruz tradicional en su sitio, renovada con frecuencia por los piadosos campesinos de los cortijos inmediatos; pero las horrendas y desastrosas irrupciones de los salvajes, que se sucedían unas á otras en aquella época nefasta, hicieron que se llenaran de cruces los caminos, las cuales fueron recogidas mas tarde por las autoridades para que fuese menos pavoroso el tránsito por aquellos lugares.

En cuanto á la mina, todos los que quieran pueden verla. Se llama “Los Tajos de Airón” y está en San Martín de la Noria.